



Foto: Daniel Mordzinski

Campo Ricardo
Burgos López

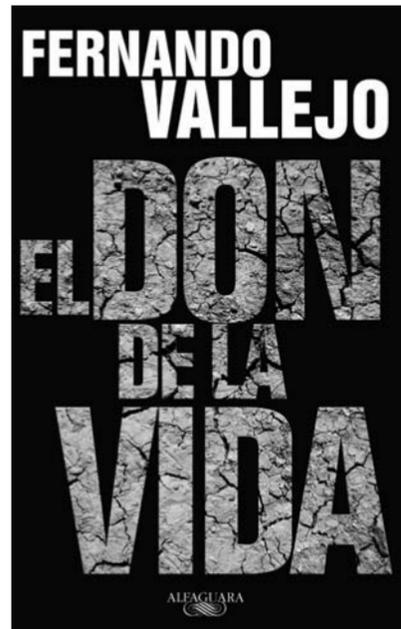
A propósito de *El don de la vida*

Escribir sobre la obra de una vedette literaria como Fernando Vallejo deja al comentarista por lo menos tres opciones. Una es optar por unirse al coro de quienes loan de modo incondicional al autor, así éste cometa los yerros que sean; otra (fácil modo de alcanzar alguna popularidad efímera) es irse lanza en ristre contra el escritor, intentando descalificarlo sin atenuantes y así “despertar” a la gente del “sueño” en que supuestamente está sumida en relación con las obras del individuo en cuestión. La tercera vía es intentar una evaluación juiciosa (para emplear una metáfora futbolera) de los goles y autogoles que un autor hace y se hace. En nuestro caso, elegiremos esta última alternativa, precedida de una breve relación de aquello de lo que trata la obra.

Digamos en primer lugar que *El don de la vida* (2010) pretende ser la transcripción de una charla caprichosa (como toda charla) que el mismo Vallejo sostiene con la Muerte mientras se encuentran sentados en cierto parque de

Medellín. Al par de contertulios, de cuando en cuando se les suma uno que otro parroquiano, con quienes por momentos se amplía el corro de charladores. En este escenario, Vallejo intenta no sólo compilar una lista de todos los que alguna vez conoció y ya se han muerto, sino también —como es habitual en él— despotricar de todo aquello que se le venga a la cabeza. Así pues, en el inventario de muertos aparecerán sus padres, sus hermanos, sus abuelos, sus amigos, sus amantes, sus enemigos; personajes diversos que van desde célebres escritores, pasando por políticos, hasta putas de barrio, empresas, haciendas, animales, lugares de Medellín, de Colombia y del mundo. En últimas, en ese registro figurará también el universo entero que tarde o temprano se disolverá en la nada. En cuanto al listado de aquellos a quienes se insulta en el libro es bastante extenso. Sólo a modo de muestra señalemos que en *El don de la vida* se habla mal, entre otros, de la madre de Vallejo, de las madres en general, del gobierno colombiano,

de la Iglesia Católica, de la Biblia, del Papa actual y de quienes le antecedieron, de Medellín, de Bogotá, de Colombia, de Bolívar, de Heidegger, de Borges, de Esquivá de Balaguer, de los pobres en general, de los polacos, de los franceses, de Freud, de presidentes de México, de Álvaro Uribe, del procurador en ejercicio, del cine, de Dios, de García Lorca, de la



cultura paisa, de John F. Kennedy, de Shakespeare, de Andrés Bernal, de Octavio Paz, del Islam y de Mahoma, de Ingrid Betancourt, de Schönberg, de Jesucristo, de Cristina Kirchner, del ballet, de Sarkozy, de García Márquez, de las religiones, de Sergio Fajardo, de Alonso Salazar, de Chávez, de la lengua española y, en general, de la sufriente humanidad a la cual cada día más se le calienta este planeta. En el texto, las palabras amables para alguien tienden a escasear y apenas si van para unos cuantos familiares y para los miembros del reino animal.

Por lo demás, la novela de Vallejo trata de ser una suerte de oficio de difuntos por todos los seres vivos y por el mismo universo; seres vivos y universo que irremisiblemente están condenados a desaparecer. En todo instante, el texto vallejiano pareciera ser simplemente la ampliación de *Apocalipsis 3,1*, en que de ciertos individuos se afirma: “tienes nombre de vivo, pero estás muerto”. Esto porque en cada momento, Vallejo no se cansa de recordar que todo cuanto percibimos tiene una fecha de caducidad, que la vida es efímera y que la muerte doblega a la totalidad de seres y cosas. En la misma línea de ese san Agustín de Hipona que aseveraba que lo que llamamos “vida” sólo es una “muerte viviente”, Vallejo repite y repite que una conversación entre humanos sólo es una conversación entre semicadáveres, y que, a la hora de la verdad, en este mundo sólo hay dos clases de seres: los semicadáveres que andan pavoneándose por las calles pensando que están vivos, y los que ya alcanzaron de manera plena la condición de cadáveres. De igual modo, así como en algún momento Lampedusa, en su novela *El Gatopardo*, pone a decir a uno de sus personajes que a los únicos seres que realmente envidia en el mundo son los muertos, bien podría aseverarse que *El don de la vida* no es sino reafirmar esa sentencia del italiano, pero empleando para ello las 162 páginas de esta primera edición. En distintos momentos, Vallejo refuta ese lugar común según el cual la vida es un don y la muerte una desdicha, y más bien machaca, remachaca y recontramachaca que la muerte es una bendición y un premio para el hombre, mientras que la vida es

el mayor error del universo, una pesadilla de la cual sólo el don de la muerte vendrá a liberarlo.

Ahora pasemos a referir algunos de los goles del libro. El primero de ellos es la actitud políticamente incorrecta de Vallejo. En estos tiempos en que la plaga de lo políticamente correcto cunde (es decir, el deseo de querer quedar bien con todos y de emplear un discurso desinfectado que no ofenda a nadie), Vallejo hace lo contrario. Sin pelos en la lengua, este escritor manifiesta que odia a los pobres, que detesta a su madre y al género femenino, e intenta justificar la pederastia. Puede que desde los puntos de vista ético y jurídico tales declaraciones sean reprobables, pero lo cierto es que con tales afirmaciones que no ocultan su lado oscuro, Vallejo consigue un efecto de verdad brutal o de confesión violenta que enganchan de inmediato al lector. El segundo gol de Vallejo que va asociado al primero es una obsesión muy típica en los grandes creadores de las letras. Así como los cabalistas judíos o Jorge Luis Borges han dedicado páginas y páginas al tema clásico de una palabra o sentencia que al pronunciarse consiga destruir el universo de un solo plumazo, en cada página de *El don de la vida* advertimos un deseo en esa misma línea. En sus líneas, Vallejo se revuelve como un poseído a la espera de lograr lo que yo llamaría “un hijueputazo cósmico”, es decir, Vallejo batalla con el lenguaje a la espera de lograr una injuria tan grande, tan completa, tan cruel y tan perfecta, que simplemente después de ella ya sea imposible para cualquier humano volver a pronunciar cualquier injuria. Por supuesto, este hijueputazo cósmico remite

también en Vallejo al deseo de encontrar esa palabra o conjunto de palabras que con el sólo hecho de pronunciarse, borren al universo (y aquí, para horror de Vallejo, él coincide con esos judíos y ese Borges contra los cuales se despacha sin miramientos). Por último, señalaríamos como tercer gol de Vallejo su indiscutible manejo de recursos expresionistas. Vallejo revela su mundo interior y muestra el mundo exterior de modo exagerado, sin medias tintas, de manera apasionada y a ratos perversa. En el autor de *El don de la vida*, el propósito primario es golpear al lector y no tanto convencerlo con argumentaciones a veces endebles. Si hubiera que referirse a Vallejo en términos pictóricos, podríamos asegurar que a él no le interesa tanto dibujar de modo creíble aquello que le rodea, sino expresar sus deformes sentimientos, vomitar sus miedos, angustias y odios a ver si algún día se siente limpio.

Ahora pasemos a la sección de autogoles. Vallejo no queda nada bien con su defensa tozuda de la pederastia. Una cosa es una relación homosexual libremente consentida entre dos adultos y otra, una relación entre un adulto y un menor de edad donde éste último está allí o porque está siendo forzado o porque está siendo engañado o porque le están pagando (es decir, porque el adulto se está aprovechando de la condición de miseria del menor que puede llevarlo a prostituirse). La pederastia siempre entraña abuso de un adulto sobre un chico o una chica en situación de desventaja, atropello de alguien que es más débil, entonces ¿qué clase de justificación es válida para esto? La verdad es que en

todas esas páginas donde Vallejo multiplica sus recursos sofisticados intentando apuntalar de algún modo la perversión pederasta, el lector sólo experimenta pena por el escritor. En esas cuartillas, Vallejo está intentando meterle los dedos a la boca a quien lee y, por supuesto, cualquiera con dos dedos de frente nota ese despropósito.

Un segundo autogol de Vallejo son sus generalizaciones abusivas, la tendencia a hacer afirmaciones universales que no admiten matices, que son excelentes como insulto, pero muy endebles como argumentación. Citemos algunas. Ésa de que los colombianos somos los seres más malos del mundo (p. 18). Uno entiende que se trata de una estrategia retórica, pero como tal, es una proposición incomprobable. Para poder decir eso, sería necesaria una imposible investigación que midiera el “grado de maldad” de cada ser humano en el planeta y luego compararlo con el “grado de maldad” de los nacidos en Colombia. Como ese estudio resulta impracticable, nunca podremos saber si los colombianos somos los más malos del mundo, los más buenos del mundo o si, en este aspecto, nos encontramos en un término medio. El enunciado vallejiano es excelente como desahogo, pero de un contenido de verdad indiscernible.

Veamos otra sentencia. Ésa de que “Borges era un güevón” (p. 31), y que todos lo sabían, pero que nadie se atrevería a darle patadas a un ciego. Analizada fríamente, esa afirmación se cae de su peso. Obvio que, en tanto ser humano, Borges era tan miserable como lo es cualquier miembro de la especie humana, pero ¿será un “güevón” (en el campo literario,

no en el de condición humana) alguien que pudo escribir *El Aleph* o *Ficciones*? ¿Un “güevón” alguien que en sus obras fue el precursor de la posmodernidad literaria en Occidente? ¿Un güevón alguien que en sus textos destila ese sofisticado sentido del humor?

Finalicemos con una más. A lo largo de todo este libro se pregona una y otra vez (un tópico vallejiano) que la Iglesia Católica es malvada, que en ella todos son ladinos y tramposos, y que la humanidad no le debe a ella nada benéfico. De nuevo una afirmación inconstable, pues para decir que todo católico es malvado, primero debería existir alguna medida empírica de la maldad —que no hay—, y luego demostrar que en esa variable los católicos exceden a los demás humanos —hecho que no valida ningún estudio científico serio—. A Vallejo se le olvida que entre los católicos —como en cualquier conjunto humano— suele haber manzanas sanas y manzanas podridas y que, del mismo modo en que nadie sensato cree que todos los musulmanes son como Osama Bin Laden o que todos los venezolanos son como Hugo Chávez, lo mismo ocurre en el caso de una iglesia como la católica. Creo importante aclarar que las generalizaciones abusivas vallejanas son un magnífico recurso para conmover al lector pero, por supuesto, demasiadas veces son falsas.

Un tercer autogol de Vallejo son ciertos lugares comunes, ciertos caprichos y ciertas contradicciones. Sólo tres ejemplos. Un lugar común en Colombia era decir que Álvaro Uribe se quedaría en la presidencia por los siglos de los siglos como cualquier Fidel Castro. Pues bien,

en la página 86 Vallejo nos dice que Uribe “va a durar más que Castro”. No sólo es desilusionante que un escritor de la categoría de Vallejo se limite a repetir un cliché sin añadir alguna distinción sutil al respecto, sino que esa reiteración de un tópico habla mal de su perspicacia política. (Y eso para no mencionar ese otro lugar común en el cual resbala Vallejo todo el tiempo: en Europa se decía hace poco que está de moda entre los bienpensantes hablar mal de los fumadores, de los católicos y de los cazadores).

Ahora un capricho. En la página 135, a propósito de una novela de García Márquez, Vallejo se empeña en demostrar que en español es preferible el título “Amor en tiempos de cólera” a “El amor en los tiempos del cólera”. La verdad, yo no veo la superioridad de una alternativa sobre la otra. Es cierto que una es más perifrástica que la otra, pero es que en español a veces una perífrasis puede ser tan válida como la expresión directa de una idea. Ciertas distinciones triviales en las que a ratos incurre Vallejo, asombran por su tono bizantino.

Cerremos esta parte con una contradicción flagrante del razonamiento vallejiano. Todo el tiempo —y no sólo en *El don de la vida*, sino en el conjunto de su obra— nuestro escritor proclama que se ha de condenar a quien consume carne y que la única opción correcta a este respecto es el vegetarianismo ¿A Vallejo nunca se le ha pasado por la cabeza que son innumerables las especies animales que son carnívoras? ¿Qué de acuerdo con su lógica debería condenarse a las hienas y a los tigres, y sólo reivindicar a vacas y ovejas que se alimentan de hierba? Si Vallejo fuera consecuente,

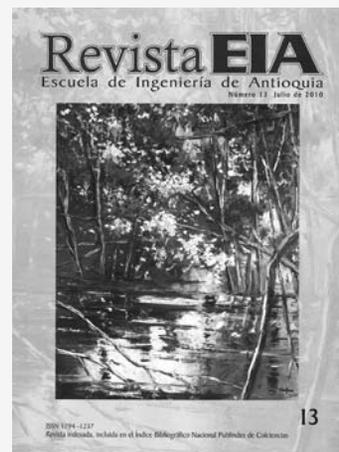
debería proclamar que también hay animales condenables por ser carnívoros, y que los únicos animales nobles son los herbívoros.

Concluamos este comentario con un par de apreciaciones. Apunta C. S. Lewis en alguna obra, que la literatura es conjunción de *logos* y *poiesis*. *Logos*, en cuanto es algo que se dice, se narra o se relata; *poiesis*, en tanto es una cosa, un objeto nuevo que de repente un artista plasma para que sea una cosa más entre las cosas del mundo. La literatura —sintetiza Lewis— no sólo es algo que se dice (una tesis), sino también algo que es en sí mismo (y que por lo tanto emociona). Si aplicamos esta idea al caso de Vallejo, veremos que su literatura es emocionante, pero sus tesis muy discutibles. La obra de este escritor paisa conmueve, pero es en muchos puntos rebatible. Diríamos que entre el *logos* y la *poiesis*, el fuerte de Vallejo es la última, pues en la primera hace agua en varios puntos. El segundo aspecto a señalar es el siguiente. Propone Flaubert en su *Bouvard y Pécuchet*, que los grandes escritores no son aquellos carentes de errores, sino esos que con todo y sus errores —a veces protuberantes— continúan siendo admirables. Pues bien, creo que ése sería el caso de Fernando Vallejo. **U**

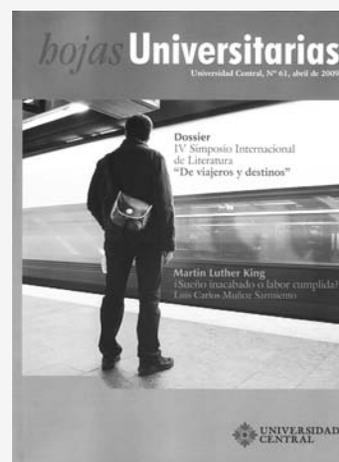
Campo Ricardo Burgos López (Colombia)

Escritor, crítico y profesor de la Universidad Sergio Arboleda de Bogotá. Entre sus obras están: *Libro que contiene tres miradas* (poesía), *José Antonio Ramírez y un zapato* y *Pintarle bigote a La Mona Lisa: Las ucronías* (crítica). También ha compilado la *Antología del cuento fantástico colombiano*.

N O V E D A D E S



Revista EIA
Escuela de Ingeniería de Antioquia
Número 13 julio 2010



Hojas Universitarias
Universidad Central
N.º 61 abril de 2009